



Exposición 'Domesticar la calle'. Instalación frente a la Sala La Arquería del Paseo de la Castellana, con una mesa de 24 metros de largo, donde va impreso el contenido de la muestra. El telón de fondo es la reproducción del cuadro de Veronese 'Cena en casa de Levi', a tamaño 7,8 x 17,8 m, que coincide con los tres arcos reales de la fachada de La Alquería



guna de sus plantas por este tipo de habitación independiente. Y hacen notar cómo la normativa debería ser compatible con todo ello.

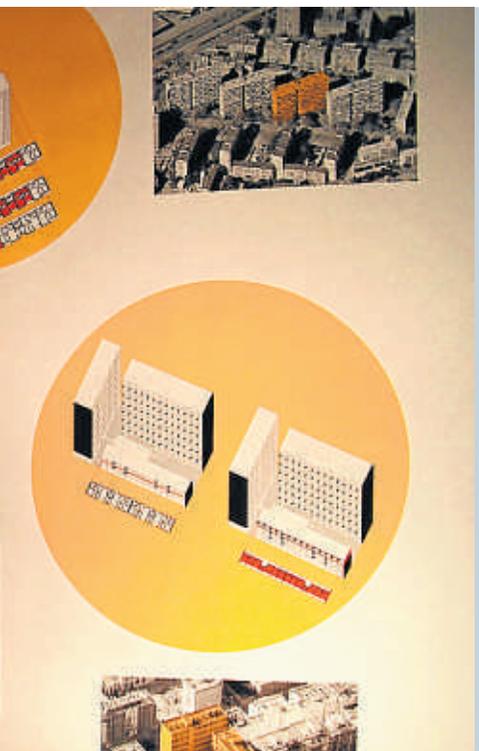
Domesticar la calle

ReHabitat Plantas Bajas y *Domesticar la calle* llenan de contenido los episodios tercero y cuarto (en estos momentos en exposición, hasta el 26 de diciembre). Sólo en el centro de Madrid, el 60% de los locales se encuentran desocupados. Resumiendo, la situación en muchos lugares es esta: los grandes centros comerciales han supuesto la reducción del pequeño comercio y la desocupación de muchas plantas bajas. Un efecto desertizador donde la calle pierde actividad, mantenimiento, vida y calidad, decayendo como espacio público de convivencia. Como propuesta, fórmulas

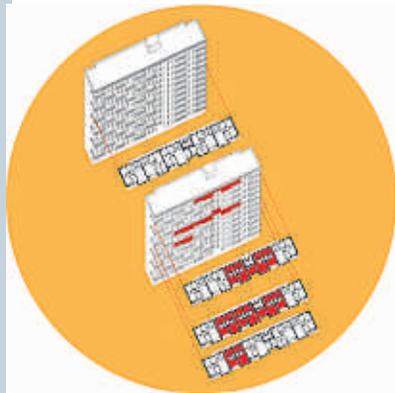
Pensar los balcones como habitaciones exteriores o instalar las cocinas en zonas de paso son algunas ideas

mixtas para vivir y trabajar, donde el taller o el despacho profesional puede actuar beneficiosamente filtrando el contacto entre vivienda y calle. Así se insufla vida doméstica y actividad productiva a la escena urbana, transformándola y potenciando la identidad del vecindario. De nuevo la normativa va en muchas ocasiones contra la necesidad real. "Casa y calle no constituyen dos entidades separadas sino mitades indivisibles de una misma cosa -remarcan-. Las plantas bajas adquieren todo su protagonismo como mediadoras, por su situación fronteriza... Reclamamos calles concebidas como lugares y no solo como infraestructuras".

Pensar los balcones y terrados como habitaciones exteriores, disolver la hegemonía de la sala de

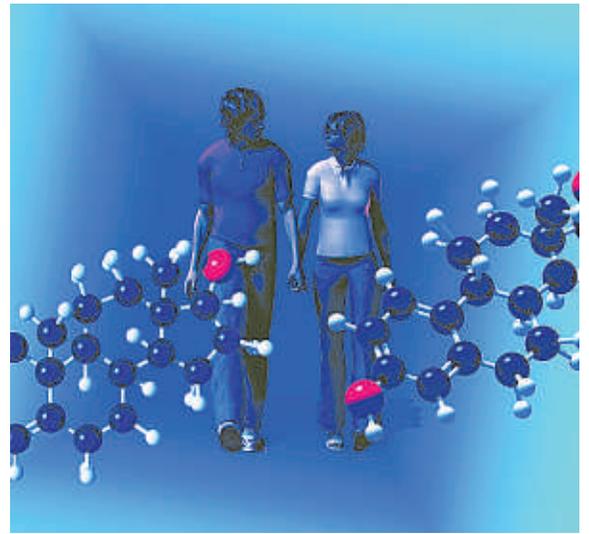


Episodio 'Habitaciones satélite' Propuestas de actuación en cinco edificios concretos de cinco ciudades españolas



estar, instalar la cocina en zonas de paso, convirtiéndola en centro de la vida doméstica, abrir segundas puertas que aporten flexibilidad y potencien nuevos usos... son abordados en los episodios por venir el próximo año. Iniciativas que pretenden mejorar las condiciones de habitabilidad en la propia vivienda pero también en su contexto público más próximo. |

Medianenas & Milhombres



Minutos héteros

CAROL & MIKE WERNER / GETTY

Niño hétero

ELOY FERNÁNDEZ PORTA

Cuando el profe nos dijo que éramos heterosexuales supimos que habíamos hecho una gamberrada de aúpa. Hasta aquel momento nadie, nunca, en aquel colegio concertado, sin patio de deportes ni educación sexual, había dado a entender que alguno de nosotros tuviera algo que ver con el sexo. A nuestros once años, en bata de rayas aún, no éramos dignos de palabras altisonantes como "sexualidad" u "orientación"; para nosotros sólo existía lo de levantar faldas o berrearle a una niña la canción de George Michael, motivo de rutinarios castigos. Pero parece ser que esa vez la habíamos hecho gorda porque, en vez del examen de física programado para esa clase, nos vimos sometidos a una larga reprimenda: el maestro, un matemático de La Franja que medía metro noventa, fue pasando de la admonición a la amenaza, del silencio teatral a la pregunta retórica, del apólogo moral a la mirada inquisidora en derredor. Había que ser buen ciudadano, créi entender, porque, dijo el matemático, "si lo normal fuera tener tres piernas, nosotros seríamos anormales, y si lo normal fuera ser homosexual, nosotros seríamos anormales".

La palabra, con sus eses sibilantes y su equis guarrindonga, había resonado en el aula por vez primera. Estaba claro: si el profe se sentía obligado a usar semejante término, eso sólo podía significar que habíamos hecho una de campeonato. Aquel hombre era Mago: le dabas quince churumbeles de mierda y con un conjuro te los convertía en héteros hechos y derechos. Por lo demás, nadie estaba muy seguro de que habernos transformado, así de sopetón y por dictamen, en lo contrario de lo que son esos que son lo contrario, fuera una buena nueva. ¿Había que hacer algo? ¿Tendríamos más deberes? Muy divertido no parecía; nuestros primeros minutos héteros los pasamos más tensos que Marco en *Sorpresa*, *sorpresa*. Mejor mirar el lado bueno: según se veía, los heterosexuales quedaban dispensados de hacer pruebas de física. Yo, que soy optimista antropológico y cuasianalfabeto científico, decidí que siempre sería heterosexual y evité a toda costa aprender la Tabla Periódica porque, en fin, nunca se sabe, uno empieza con que si el sodio que si el potasio y puede acabar mirando a Pamplona. En cuanto a mis compañeras, pensaron igual; el otro día me reencontré con una y está casada con un industrial más rico que Craso, y tienen dos crías que son un amor. Vamos, que si lo llego a saber, en vez de darle a la ventana -que, total, al día siguiente ya estaba reparada- el balonazo lo meto en pleno centro de la cristalera modernista del despacho de la directora.